



Representaciones de la infancia en la literatura infantil y juvenil.

Un análisis de cuatro libros álbum

Por Vanesa Castrillón Monsalve¹ (Colombia)

La niñez es el lugar de la movilidad permanente. Su cuerpo mutante juega a descolocarse, a ser el otro en sí mismo: ser niño es tener todavía la posibilidad de elegir. Libertad virtual que pone en el límite y arriesga la noción misma de identidad: el niño puede devenir otra cosa de lo que se pretende que sea.

(Alvarado y Guido, 1993)

Resumen

El lugar que ha ocupado la literatura infantil y juvenil en el espacio académico de las universidades ha revelado paulatinamente los problemas que implica su estudio, desde las concepciones de representación de la infancia y su mutabilidad, la diversificación de las temáticas de investigación que trascienden las prácticas de formación de maestros, el análisis de las obras, hasta la influencia de todos los agentes culturales que están detrás de su auge.

Se pretende escudriñar algunas de las nociones sobre la representación de la infancia, de las voces de varios expertos en el tema que se han cuestionado sobre los riesgos de incluir o abandonar el rótulo “infantil”, pero que consideran la necesidad de comprender sus complejidades desde este término especificativo que habla de sus transformaciones históricas y que evidencia

¹ Candidata a doctora en Literatura de la Universidad de Antioquia, Magíster en Educación y docente de cátedra de la misma universidad en el área de Español de la Escuela de Idiomas y en investigación en Literatura Infantil y Juvenil en la Facultad de Educación. Actualmente se desempeña como Tutora del Programa Todos a Aprender del Ministerio de Educación de Colombia. Ha participado en la formulación de políticas educativas nacionales en calidad de experta académica como los Derechos Básicos de Aprendizaje y las Mallas de Aprendizaje de Lenguaje (2017).



una vinculación entre la condición en que se concibe el hecho literario, con los proyectos sociales asociados a esta literatura. Desde estos razonamientos y desde un breve análisis de cuatro libros-álbum² intentaré dilucidar la manera en que se representan las relaciones de estas “infancias” con el adulto, mediante la noción de anhelo que desarrollo en dos vías: «el otro que ya no se es» y el «otro que se quiso ser».

Palabras clave: infancia- representación- literatura- interacciones- deber ser- libros-álbum

Infancia y literatura

En su texto *La invención del niño. Digresiones en torno a la literatura infantil y la historia de la infancia* (2001), Daniel Goldin se cuestiona sobre el valor de la palabra escrita y leída y acerca de si en realidad ésta puede transformar al sujeto; para ello indaga sobre la historia de la infancia y la historia de la literatura para niños, no sin antes advertir la dificultad que supone establecer paralelismos entre ellas, debido en parte al escaso material testimonial que podría servir a los estudios historiográficos en el campo.

Lo que pone de relieve Goldin (2001) es el proceso de cómo se configura el sujeto niño en contacto con la literatura y la necesidad de entender este asunto desde el concepto de apropiación planteado por Paul Hazard en dos movimientos, es decir, la literatura que se ha denominado “robada” por los niños, cuyo público inicial no era infantil y la literatura que sí fue dedicada a niños, pero que fue desechada por ellos.

² Se trata de los siguientes textos: *La cosa perdida* (2005) del escritor e ilustrador australiano Shaun Tan y *El ángel del abuelo* (2011) de la escritora e ilustradora alemana Jutta Bauer, *Malvado Conejito* (2009) de Jeanne Willis y Tony Ross y *Lucas* (2010) de Tony Bradman y Tony Ross.



En ese proceso de definición de la identidad que expone Goldin (2001) se plantea la transformación de un sujeto pasivo como el niño, el cual ganó una voz y un trato especial a partir de lo que Philippe Ariès denominó como el «descubrimiento de la infancia» y la evolución de la Literatura Infantil y Juvenil (en adelante LIJ), como una literatura que ha dejado sus iniciales pretensiones moralistas para convertirse en una literatura que propicia el diálogo y que otorga la palabra al niño y al joven.

Por ello, se hace necesario recordar también que las prácticas de la lectura y de la escritura, la historia de la LIJ y las concepciones de infancia son conceptos dinámicos que se ubican en la evolución cultural y que lo que ahora conocemos o damos por hecho como los modos de leer y de escribir, los medios para la lectura, las interacciones entre libro-lector, los formatos de lectura, los corpus de obras que consagramos y las relaciones adulto-niño-joven son cambiantes.

En este sentido, una de las paradas que hace Daniel Goldin en su texto para ampliar este recordatorio del testimonio histórico que se teje alrededor de la literatura es la revisión de los postulados de Bruno Bettelheim en su obra *Psicoanálisis de los cuentos de hadas* (1994), quien ve en los cuentos clásicos de hadas un camino para el encuentro del significado y el sentido de la vida bajo lo que se resume como la “atemporalidad de las estructuras psíquicas profundas”(Goldin, 2001, p. 8) que subyacen en estos cuentos, en contraposición al acercamiento de corte histórico que presenta Robert Darnton en *El significado de Mamá la Oca* (1987), del cual puede desprenderse un tratamiento de estos relatos fantásticos como documentos históricos en los que se plasman no solamente las maneras en que se difundían y socializaban los cuentos, sino también las condiciones humanas y en especial, las relaciones entre los adultos y la infancia.

Las observaciones que hace Darnton sobre las particularidades de la época en la que se publicaban los cuentos que recogió Charles Perrault de la tradición oral distan mucho de las



reflexiones que emergen del análisis filosófico y simbólico que hace Bettelheim. Desde la perspectiva de Darnton lo primordial es establecer diferencias entre aquella época y nuestra época, en términos de interacción social y los modos de vida de niños y de adultos; mientras que para Bettelheim la vigencia e importancia de estos relatos de fantasía consiste precisamente en esa permanencia de la búsqueda del sentido profundo de la vida, de los mensajes simbólicos contenidos en la literatura que quizás podrían ayudar a la infancia a ganar experiencias y sabiduría: “El niño, mientras se desarrolla, debe aprender, paso a paso, a comprenderse mejor; así se hace más capaz de comprender a los otros y de relacionarse con ellos de un modo mutuamente satisfactorio y lleno de significado”. (Bettelheim, 1994, p. 6)

En este punto, se resalta que aunque ambos trabajos son enriquecedores para entender las transformaciones en las letras para niños y en la configuración del sujeto infantil, las apreciaciones de carácter histórico de Darnton posibilitan la reconstrucción de un paisaje cultural de una época en la que, ante nuestros ojos, el mundo de antaño era descarnado y cruel (Goldin, 2001).

Ahora bien, además de los planteamientos que desarrolla Daniel Goldin en su texto a partir de las descripciones que hace Darnton de la obra de Perrault, como la relevancia de los retratos sociales y culturales o la gran acogida de los cuentos recopilados por este último, a pesar de mostrar un distanciamiento hacia los niños al no concederles un valor especial, hay dos ideas en las que se apoya de los historiadores Lloyd de Mause y Norbert Elias que merecen atención, porque se constituyen en el marco para tratar de entender el surgimiento de actores educativos para los niños y de escritores que los incorporaron a la cultura escrita.

La primera de ellas es la relación que tenían padres e hijos a comienzos del siglo XVIII y en la cual los adultos estaban más preocupados por lo que significaban los hijos para ellos, es



decir, no importaban los actos y sus alcances en la vida de los niños, pero sí era motivo de preocupación el involucramiento afectivo, más el desgaste y la dedicación que implicaba su educación. Este alejamiento que procuraban los adultos hacia la infancia derivó en la segunda idea, a saber, en la emergencia de las figuras de instituciones que velaban por el cuidado y la educación de los niños y a su vez, en la producción escrita de textos que indicaran un aspecto fundamental que se puede rastrear en los discursos de muchos escritores de la LIJ contemporánea sobre sus motivaciones para escribir y en las representaciones que hacen de la infancia, que parecen confluir en lo que denominaré «el deber ser».

Para la maestra argentina Elena Stapich (2016) cuando se habla de representaciones de la infancia y de literatura para niños es necesario demarcar el análisis desde varias nociones como «imagen opaca», «efigie» y «transparencia transitiva», las cuales permiten pensar los discursos que los adultos dirigen a los niños, en tanto que los primeros se consideran representantes de los intereses de los segundos. Por consiguiente, la imagen del niño real es una efigie, debido a que es un sujeto ausente de los procesos que se dan dentro del sistema literario de la LIJ: escritura, edición, crítica, censura, circulación de los libros, etc. Asimismo, la imagen opaca se configura con una dimensión de reflexividad, “la opacidad enunciativa que hace que la representación, a la vez que representa algo, se presenta a sí misma, esta dialéctica entre la opacidad reflexiva y la transparencia transitiva”. (Stapich, 2016, p.83)

El marco de comprensión que esboza esta autora permite descifrar cuáles son las imágenes que se evocan en los textos que conllevan a representar la infancia de ciertas maneras, cómo se presentan las interacciones entre el adulto, el niño y el joven y cuáles son las funciones que se le atribuyen a lo literario.



Por la misma línea de Stapich, el historiador vasco Paulí Dávila en su reflexión titulada *El lugar y la representación de la infancia en la Historia de la Educación* (2015), manifiesta que lo que se ha hecho hasta ahora más que una Historia de la Infancia es una historia de la representación social de la infancia desde la visión adulta, en la cual se ha creado una subcategoría de sujetos que son los niños y los jóvenes, que está por debajo de la categoría de adultos, con la intención de señalar su diferencia. Esto ha hecho que se pase de una visión de la infancia como una etapa de socialización y de inexperiencia (un «aún no pueden ser», a la manera en que la situaba Bettelheim), a lo que nombra Dávila como una lógica alternativa en la que ya los niños y jóvenes son sujetos de derechos, tienen responsabilidades, competencias y comparten los valores con los adultos, remarcándonos la idea que desarrollaba Goldin a partir de Darnton: “la construcción social de la infancia solamente puede explicarse desde la contextualización histórica de esos argumentos que conforman diferentes representaciones de la infancia construidas por los adultos”. (Dávila, 2015, p. 10)

Trasladando los planteamientos de Dávila como las representaciones de infancias pasadas y la necesidad de tener nuevos relatos para entender las infancias actuales a lo que más adelante desarrolla Stapich en su texto como *Una literatura de niños buenos y su deconstrucción*, podemos entrever los dilemas a los que aún se someten los textos infantiles desde ese «deber ser niño-joven». Por un lado, se le pide salir del enfrascamiento de la literatura fantástica porque no posee utilidad con sus elementos maravillosos, mientras que se le previene de una realidad trágica y cruel que pueda perturbarlo; se pasa entonces de una literatura cargada de moralejas explícitas a una tendencia de literatura sobre lo políticamente correcto, donde el papel del adulto mediador, o en términos de Gemma Lluch (2004) «primer lector» sigue operando con su criterio de



selección de los textos y por consiguiente, percibiendo a la infancia como receptora-recipiente (Alvarado y Massat, 1993 citadas por Stapich 2016).

Por esta razón, a pesar del rigor y la susceptibilidad que el adulto le imprime a esta selección de los textos de la LIJ para no reñir con las necesidades infantiles o adolescentes, el carácter estético de la literatura pasa desapercibido, el afán educativo recobra su valor cuando resalta el discurso proteccionista de la infancia y el hecho literario queda reducido a la transmisión de valores.

No obstante, Daniel Goldin hace una apuesta diferente sobre la evolución de esta literatura cuando afirma que es notoria la ampliación de los recursos lingüísticos y los dispositivos textuales en la LIJ contemporánea, como por ejemplo, las dinámicas básicas que propone Gianni Rodari en su *Gramática de la fantasía* (1983), las cuales además de implicar al niño en la creación literaria dieron pie a otras posibilidades para los autores en lo que se refiere a la narración de las historias y posteriormente, consolidaron lo que hoy se conoce como «narraciones interactivas» o «motores narrativos». Así los roles de emisor y receptor de las historias son intercambiables, dialógicos, permiten comenzar a borrar las fronteras entre la literatura considerada para niños y la que es catalogada para un público adulto y lo más importante para Goldin (2016) representa una esperanza en el replanteamiento de las relaciones de poder entre los adultos y los niños, al igual que en el lema del pedagogo italiano: “Todos los usos de las palabras para todos”. (Rodari, 1983, p. 7)

Retomando lo que sostiene Elena Stapich acerca de la autorización que se da el adulto para encarnar la fuerza de la identidad de una comunidad y para representarla y a propósito de las paradojas del pasado y del presente en este caso particular de la infancia, así como de los textos de LIJ, el investigador canadiense Perry Nodelman en su ensayo *El adulto escondido* (2020),



postula una serie de disertaciones sobre lo que es literatura infantil poniendo a contrapelo conceptos de varias voces de intelectuales del campo, con la pretensión de desentrañar las características que hacen diferente a esta literatura, mas no aparte de la literatura considerada para adultos.

Uno de los puntos de discusión que destaca Nodelman es la prevalencia en el discurso de las instituciones culturales de la infancia como “otredad”, que se sustenta además en las disciplinas que se encargan de caracterizar en grupos etarios su desarrollo y sus intereses, asunto que se ve reflejado en la LIJ con unas particularidades en el estilo narrativo y en movimientos característicos sobre lo que se cuenta, según afirma este autor:

Normalmente los textos para adultos no se atreven a contar una parte menor de la verdad que sus escritores conocen, como sí hacen característicamente los textos para niños. Al contar menos de lo que saben sus autores, estos textos representan una contención, una reticencia a decir demasiado con demasiados detalles que podrían dejar su rastro dentro del texto y bien podría resultar ser una característica definidora de la literatura infantil. (Nodelman, 2020, p.176)

Las palabras de Nodelman retornan sobre la noción de experiencia del adulto que defiende Bettelheim desde su análisis psicoanalítico de textos clásicos, pero también coinciden con las de otros agentes de la LIJ como los editores, quienes reafirman el valor de esta literatura del mismo modo.

Muestra de ello son las declaraciones que da Violante Krahe de la editorial Edelvives a la investigadora Katrina Spencer en una entrevista, cuyo propósito es conocer apreciaciones de quienes nutren el discurso literario infantil y juvenil; en esta conversación se evidencia que Krahe considera que la LIJ es un terreno productivo, que abarca un público que va desde los 0 años hasta el ingreso del joven a la vida adulta y que además “[...] influye en la formación y la



educación del joven lector y por lo general, le ayuda a entender su papel en la vida y en su entorno” (Krahe citada en Spencer, 2008, p. 2)

Lo interesante de las valoraciones de Nodelman es que además de intentar demostrar cuáles son los rasgos distintivos de la literatura infantil en contraste con la literatura considerada para adultos mediante el análisis de obras de LIJ, concede un lugar visible a otros actores involucrados en el mercado y la distribución del libro y reconoce en muchos de ellos autoridades que se ocupan de validar qué es apropiado para el público infantil y juvenil. En otras palabras, además de persistir en una aclaración de las bases que sustentan la existencia y legitimidad de esta literatura establece nexos entre la teoría sobre el hecho literario y los proyectos sociales que se tejen alrededor de ella.

Esta tarea de ubicar a múltiples actores que intervienen en el mundo de la LIJ también es desarrollada por Stapich, quien anota que los agentes culturales como las editoriales se han encargado de trabajar de la mano de las escuelas en ese proyecto de formación del lector niño-joven, en buena parte porque ostentan el poder de determinar las pautas para la escritura y difusión de las obras mediante la instauración de premios y concursos literarios, pero también desde la proyección y venta de planes de lectura acordes con una selección etaria, ligada a los discursos interdisciplinarios que confluyen en la infancia sobre cuáles se determinan los intereses de lectura, las capacidades interpretativas de dichos lectores, qué temas son propicios y cómo pueden redirigirlos los mediadores (padres, docentes, bibliotecarios) y sobre estos últimos, indica un rasgo que puede pasar desapercibido, pero sobre el cual es necesario volver la mirada: el mediador al igual que los demás agentes del sistema literario de la LIJ es un adulto que filtra y moldea esa representación del niño, “naturaliza la idea de que son inexpertos, necesitan textos



breves y sencillos, con escasos o nulos espacios de indeterminación que deban ser completados interpretativamente”. (Stapich, 2016, p. 86)

El paraíso perdido

Para este análisis de las representaciones de la infancia en la LIJ rescataré inicialmente un cuestionamiento que hace Goldin cuando decide establecer un puente entre la historia de la infancia y la historia de la literatura para niños y es la pregunta por si esta etapa puede nombrarse como «el paraíso perdido».

Bajo esta mención rastrearé entonces los anhelos retratados en las figuras de niños que se trazan en algunas de las historias de la LIJ, que atañen a la escritura desde el papel del adulto, con el que procuro mostrar cómo son reflejados esos anhelos de volver a la infancia perdida, el deseo de un deber ser con otra experiencia, en ocasiones cambiando las maneras en que interactuaban niños-adultos y en otras, conservando los paisajes, lugares, percepciones, sensaciones.

Por otra parte, reconozco que si bien hay un interés frenético por formar un sujeto lector literario que se desprende de la relación del adulto mediador con los dictámenes implícitos de ese «deber ser» como proyecto social, no debería ignorarse el rol del autor contemporáneo como el adulto que recurre a mecanismos de representación de la infancia en la LIJ que pueden examinarse desde dos tipos de anhelo: el primero es la evocación melancólica de un «otro que ya no se es», a quien por lo regular se le perfila como un sujeto infantil libre, imaginativo, crítico, cuestionador de su momento histórico forjado desde un discurso que no se orienta por lo “aleccionador”, sino que es producto de las transformaciones sociales que le conceden a la infancia otro estatus. El segundo es la invocación de un «otro que se quiso ser», pero que debido



a las limitaciones e imposiciones históricas, sociales, culturales y políticas que apenas estaban surgiendo en ese proceso civilizatorio no se pudo llegar a ser.

Retomo la frase que cita Argüelles (2009) de la obra *Tótem* (2003), del escritor italiano Alessandro Baricco, que señala de manera más precisa esa noción del anhelo del escritor:

[...] Quienes leemos y escribimos casi siempre provenimos de una herida no cicatrizada o de una derrota no siempre bien resuelta; quienes leemos y escribimos no estamos conformes con el mundo que nos ha tocado vivir y, por ello, tratamos de encontrar las respuestas en nuestra soledad en medio de los libros, adentro de las páginas (párr.19)

Para el primer anhelo, el del «otro que ya no se es» quisiera citar dos libros-álbum bastante representativos de la LIJ contemporánea, *La cosa perdida* (2005) del escritor e ilustrador australiano Shaun Tan y *El ángel del abuelo* (2011) de la escritora e ilustradora alemana Jutta Bauer.

El texto de Shaun Tan provoca desde el inicio con el título una pregunta por lo que está ausente, que al ser nombrado cosa, no tener una forma definida en toda la historia y no pertenecer a algún lugar especial dentro del mundo del protagonista (una ciudad atestada de letreros, carros y personas) le permite al lector multiplicidad de interpretaciones. Asimismo, el juego contrastivo que hace este ilustrador con la variedad de colores de la “cosa” y del lugar donde la encuentra el personaje principal, una especie de playa donde hay una variedad de objetos multiformes compuestos quizás por lo que se desecha en los hogares, frente al monótono sepia de la cotidianidad que refleja la pasividad del mundo industrializado y atiborrado de trabajos que hacen infelices a los adultos.

También la memoria se vuelve un elemento recurrente y relevante en la historia, pues cuando se tienen menos ocupaciones (niños) que en el mundo adulto, se puede volver a pasar por



el corazón, como lo indica el sentido etimológico de la palabra *re-cordis*. Sin embargo, el discurso del protagonista sobre el hallazgo de la cosa perdida y de su proceso de regreso a algún lugar donde encajara sugiere que hay una alusión a las características infantiles y a la capacidad de asombro:

Aún pienso en la cosa perdida de vez en cuando. Sobre todo cuando de reojo veo algo que no acaba de encajar. Aunque últimamente cada vez menos veo cosas de esas. Tal vez ya no quedan muchas cosas perdidas. O tal vez es que he dejado de verlas. Estoy demasiado ocupado con otras cosas, supongo.

En *El ángel del abuelo* (2011) Jutta Bauer se vale del personaje del abuelo para tratar dos aspectos primordiales: la memoria y el recuento de la vida. Ambos parecen tener la finalidad de expresar el anhelo del abuelo por reconstruir en los últimos días de su vida los momentos más trascendentales y dejarlos como testimonio a su nieto, quien le visitaba y escuchaba todos los relatos.

La particularidad de los cuadros en los que se representa la vida del abuelo consiste en que en su etapa infantil está caracterizada por una serie de rasgos y actitudes que lo convertían en un sujeto libre, valiente y casi invencible:

Chico, yo no temía ni a nada, ni a nadie...Yo siempre era el más valiente de todos...subía a los árboles más altos...saltaba a los lagos más profundos. Los perros grandes temblaban ante mí...Nunca fui cobarde. Entonces solo sabía lo peligroso que podía ser eso.

En este texto las imágenes muestran en cada escena narrada por el abuelo la figura del ángel guardián, que en muchas culturas es parte de las primeras enseñanzas religiosas a los niños y que en el caso del abuelo es una figura que aunque no es mencionada explícitamente en el texto, sí es representada como elemento protector, que además le está indicando al nieto la



presencia y la creencia de estos seres angelicales y como legado, puesto que en la última ilustración el nieto afuera del hospital también está custodiado por un ángel guardián.

Respecto a la representación de la infancia como el «otro que se quiso ser» pondré como ejemplo los textos *Malvado Conejito* (2009) de Jeanne Willis y Tony Ross y *Lucas* (2010) de Tony Bradman y Tony Ross. En ambos libros se cuestionan las consideraciones de los adultos hacia las acciones de los niños. En *Malvado Conejito*, por ejemplo, el protagonista es un tierno conejo que decide huir de su casa y convertirse en pandillero, hacer travesuras con sus nuevos amigos y mostrarles lealtad con actos vandálicos que ponen en riesgo su vida; aunque en principio se desconocen los motivos del protagonista para abandonar el hogar, al final se descubre que todo tiene que ver con su reporte escolar y las asignaturas reprobadas, situación que podría llevar al lector a suponer que las reacciones de sus padres pueden ser desmedidas frente a dichos resultados académicos y que por ello se justifica la huida de su casa.

En el caso de *Lucas* la crítica también recae en los adultos, directamente en la escuela y sus docentes, ya que el protagonista es un niño que demuestra tener talentos artísticos que sus demás compañeros de clase no tienen, pues siguen fielmente lo que les diga su mentor. Por su parte, la percepción que tiene el educador hacia Lucas es que no llegará muy lejos, al no cumplir con los deberes como la escuela se los demanda y al estar pensando en proyectos que no parecen llevarlo a nada productivo. No obstante, lo que hace a Lucas especial es su persistencia en lo que desea hacer y los sueños que quiere alcanzar, que finalmente lo impulsan a conseguir lo que se propone. En la última escena de este texto, lo que se remarca de la actitud de los adultos es su acomodación a las circunstancias y al rechazo de las percepciones erradas sobre el otro.



Convergencias

La mirada de todos los intelectuales presentados en este texto podría confluir en algunas aseveraciones que se pueden rastrear en los cierres de sus discursos y que están escritas a modo de invitación al lector. Para Elena Stapich (2016) es primordial renunciar a la pretensión de un saber totalizante sobre la infancia y enfocarse en tender puentes entre la cultura del niño y la cultura del adulto, esto es, el encuentro dialógico que plantea Bajtin en el que cada una conserva su integridad, pero se enriquece de la otra.

De igual manera, Paulí Dávila (2015) convoca a la complementariedad de las disciplinas Historia de la Infancia e Historia de la Educación, donde concurren las múltiples infancias que existen y que deberían contemplarse desde todos los actores que estudien estos discursos, pero además alude a un trabajo de reconstrucción testimonial de la historia de la infancia que deje de lado su carácter adultocentrista y que vuelque la atención hacia la voz del niño y del joven.

Por último, Daniel Goldin (2001). y Perry Nodelman (2020) se piensan una LIJ que establezca mayor equilibrio entre los potenciales de poder y coinciden con Elena Stapich en dejar abierta la posibilidad de las múltiples corrientes del proceso civilizatorio, en el que como lo plantea Goldin (2001) los adultos no caigan en el desdén hacia los niños, pero tampoco se plieguen hacia su nivel y discurso.



Referencias bibliográficas

- Alvarado, M. y Guido, H. (1993). Prólogo. En *Incluso los niños. Apuntes para una estética de la infancia*. Ed. La Marca.
<https://www.facebook.com/juanitolagunabiblioteca/posts/2307663249334210>
- Argüelles, J. D. (2009). *La autobiografía lectora de Michèle Petit*. 724, 1.
<https://www.jornada.com.mx/2009/01/18/sem-arguelles.html>
- Aries, P. (1987). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Taurus.
- Bauer, J. (2011). *El ángel del abuelo*. Cuarta edición. Lóguez.
- Bettelheim, B. (1994). Psicoanálisis de los cuentos de hadas. In *Zhurnal Eksperimental'noi i Teoreticheskoi Fiziki*.
<http://scholar.google.com/scholar?hl=en&btnG=Search&q=intitle:No+Title#0>
- Bradman, T. & Ross, T. (2010). *Lucas*. Primera edición. Océano TRAVESÍA.
- Dávila, P. (2015). *El lugar y la representación de la infancia en la Historia de la Educación The Place and the Representation of Childhood in the History of Education*. 1(21), 7–16.
<http://dx.doi.org/10.14516/ete.2015.002.001.001>
- Goldin, D. (2001). La invención del niño. Digresiones en torno a la historia de la literatura infantil y la historia de la infancia. *Lectura y Vida. Revista Latinoamericana de Lectura.*, 15.
<http://www.lecturayvida.fahce.unlp.edu.ar/numeros/2000-2004>
- Lluch, G. (2004). *Cómo analizamos relatos infantiles y juveniles*. Norma, pp.363
- Nodelman, P. (2020). Diferente, pero no aparte. En *El adulto escondido* (pp. 174–181).
<http://www.pantalia.es/archivos/news/167/el-adulto-escondido-pp.174-181.pdf?fbclid=IwAR2>



WV_K72P8tRY1NPnk8UeqY6Ma-hq9HkbbmmWd76bVuXCAozhiGxxK5c8eE

Rodari, G. (1983). *Gramática de la fantasía. Introducción al arte de inventar historias.*

Panamericana.

Spencer, K. (2008). *El lugar de la literatura infantil y juvenil , sus problemas en la época contemporánea.* 1–26. <http://gacetahispanica.com/?p=1255>

Stapich, E. (2016). *Representaciones de infancia y literatura para niños Representaciones de infancia y literatura para niños.* 1, 81–93.

<https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/catalejos/article/view/1646>

Tan, S. (2005). *La cosa perdida.* Segunda edición. Barbara Fiore Editora.

Willis, J. & Ross, T. (2009). *Malvado conejito.* Primera reimpresión. Océano Travesía.